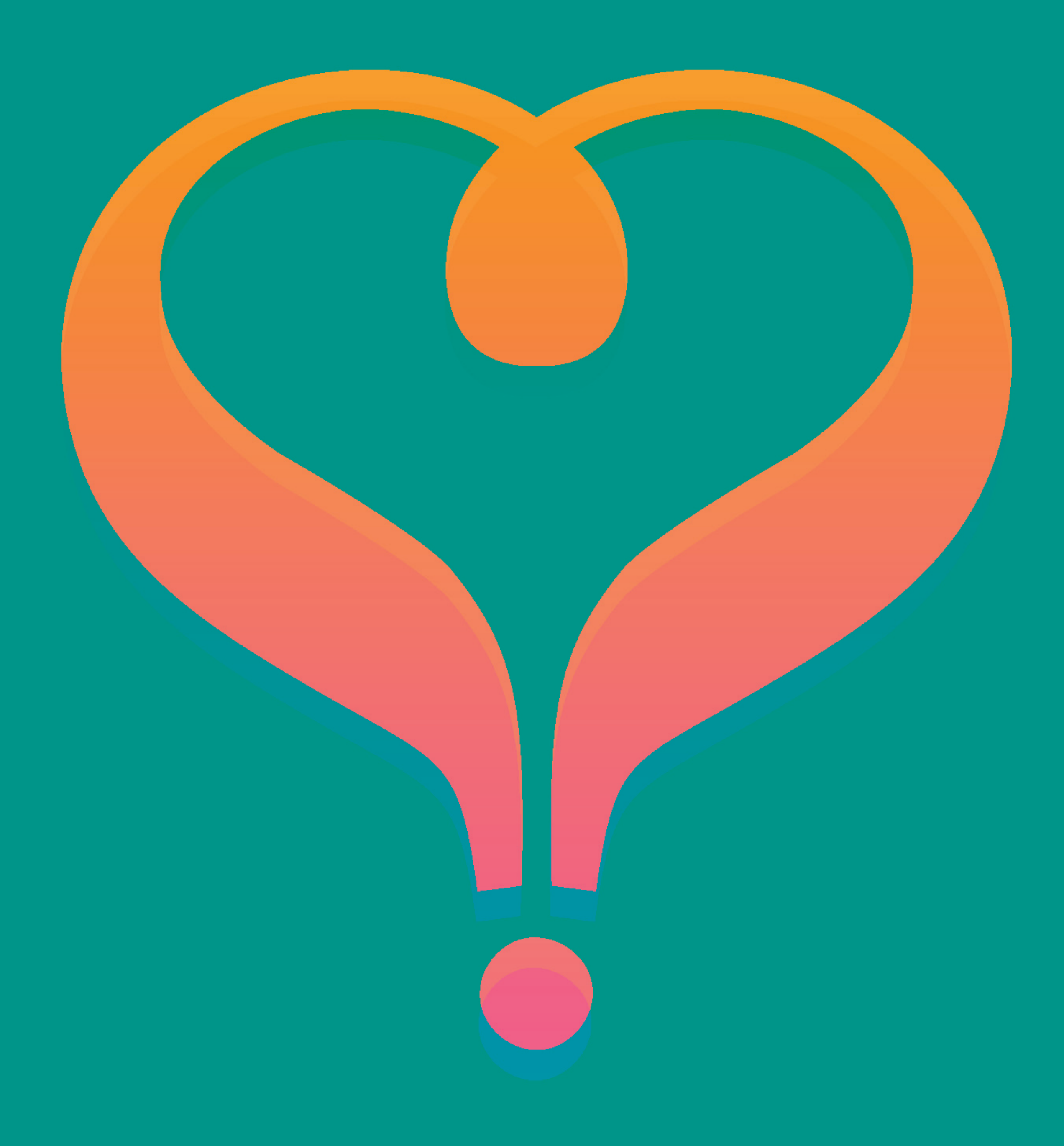
EDUCACION SEXUAL 4

identidad/es



Página/12

PREGUNTAS FRECUENTES / RESPUESTAS CLARAS



RESPONDE
DRA. CHAIRA GALINA

Médica (U. N. La Plata). Profesora de Psicología. Dedicada a la docencia, investigación y clínica de la subjetividad femenina y sus quebrantos. Docente de posgrado en Familia de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (UNLP), en la creación e implementación del Programa de Capacitación en Salud Sexual y Reproductiva del Ministerio de Salud de la Pcia. de Buenos Aires y en diversas instituciones.

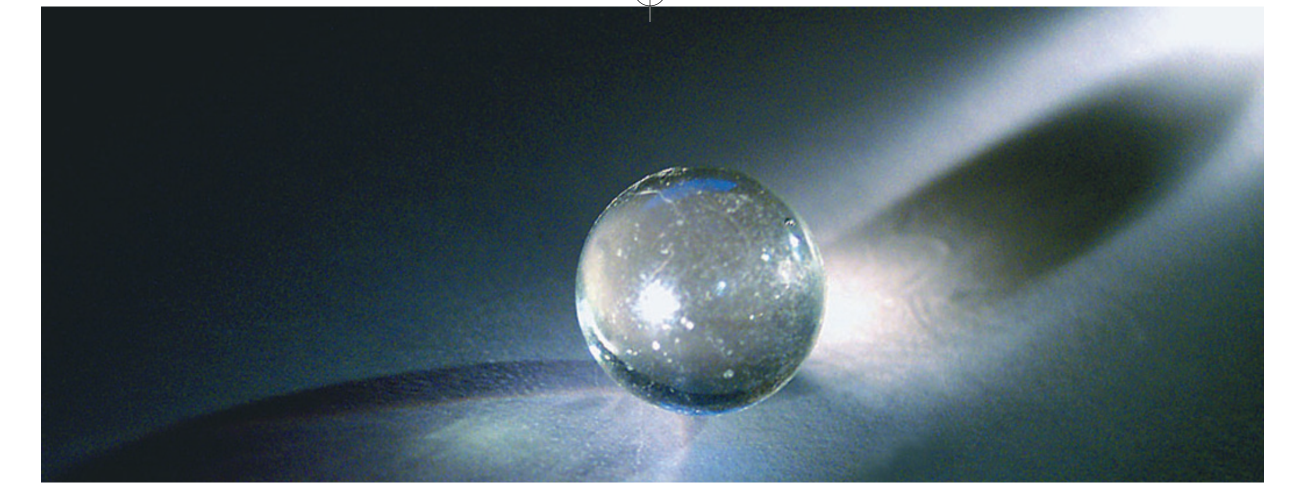
¿Siempre existió tal variedad de opciones en el menú de la identidad sexual?



Menos la cirugía de reasignación de sexo, que requiere la gran tecnología con que hoy contamos, no hay nada nuevo bajo las sábanas. En todo caso, lo que es nuevo es que nunca como hoy se había hecho del sexo un verdadero espectáculo omnipresente. Aunque convengamos que, igual que en la pornografía, la pantalla pone en escena la imaginería y no necesariamente la realidad de las alcobas. La gente común es más sencilla. Lo que está claro es que todos hemos aprendido que el modelo de la sexualidad conyugal con fines procreativos, instituido como norma excluyente desde los orígenes de la sociedad industrial, no contiene a todos ni mucho menos. Las prácticas cotidianas y los medios, en especial la TV, instituyen existencia, presencia; generan verdad y legitimidad antes que llegue la voz de la ciencia, la ley, las religiones o la moral.

dirección general: Hugo Soriani
edición y entrevistas: Liliana Viola
rumbo de diseño: Alejandro Ros
image research + diseño: Juliana Rosato
ilustraciones: Leandro Salvati
coordinación general: Víctor Vigo

Educación sexual-1a ed.- Buenos Aires: La Página, 2006
16p.; 28x20cm.
ISBN 987-503-430-4
1. Educación sexual.
CDD 613.907 1
Fecha de catalogación: 21/09/2006
Impreso en Kollor Press S.A. en octubre de 2006



Serás lo que debas ser…

Muchas veces se ha dicho que la identidad abarca lo que uno cree que es, lo que los demás creen de uno, lo que uno cree que piensan los demás y lo que uno realmente es. Así de complejo y compartido. Uno siempre quiere "ser alguien". Las infancias argentinas, si ir más lejos, se han formado repitiendo aquella máxima del general San Martín que decía: "Serás lo que debas ser y si no no serás nada". Este mandato resume de alguna manera los imperativos de la sociedad, el abismo ante el que se encuentran las personas en algún momento de su vida y la necesidad imperiosa de buscar en el menú de "lo aceptable", "lo esperable", aquello que nos permita ser reconocidos por nosotros mismos y por los demás. Porque rara vez se elige la exclusión, en todo caso se llega a ella de manera inevitable. Hace unos 50 años, no estaba al alcance de los lectores medios el advertir la importancia política que iba a tener ponerle un nombre a la "nada". Menos aún que los "nadie" (madres solteras, parejas separadas, homosexuales, bisexuales, travestis, transgéneros, queer, etcétera) fueran a agruparse para generar alguna posibilidad de ampliar el círculo del "deber ser", de ser visibles, de lograr legalidad. Porque la identidad es como el aire, se siente cuando falta, cuando se pone en jaque. Son las crisis en las identidades hegemónicas las que dieron lugar a que se formulara en todas partes y a viva voz esa pregunta sobre ¿qué soy?, ¿quién soy?

Desorden amoroso

En este principio de siglo las categorías de varón/mujer, masculino/femenino han quedado desbordadas. La diversidad de las prácticas sexuales y su salida a la luz del día, unida al auge del divorcio y los cambios en la vida de las mujeres, ha producido en todo Occidente un desorden amoroso que se resiste a las categorizaciones sencillas, que plantea desafíos teóricos irritantes y polémicos a casi todos los discursos que sostienen las legalidades en torno de la sexualidad humana: médicos, jueces, abogados, trabajadores sociales, psicólogos, sexólogos, sacerdotes, maestros, padres y madres. Todos corren ávidos de brújulas certeras. Pero debemos tener en claro que nos encontramos corriendo atrás de las prácticas sociales existentes: gays, lesbianas, transexuales, bisexuales, swingers, transexuales y travestis.



¿Qué quiere decir tener una identidad sexual?

Significa que sabés desde la infancia si sos hombre o mujer. Significa que ya estás afiliado a "tu club", aunque a lo mejor no vas a ser el socio más cumplidor de sus reglamentos. Algunas personas manifiestan desde la infancia disconformidad con las pautas que le tocan por su sexo, pero eso no significa que desconozcan o nieguen su identidad sexual. Por ejemplo, entre las pautas asumidas para las mujeres está el hecho de sentirse atraídas por los varones. Pero es posible que no sea ése tu deseo y te sientas atraída por otras mujeres. Bien, si vas a ser lesbiana, por ejemplo, tal vez te inquiete y probablemente no entiendas al principio cómo es que te gustan las chicas. Pero ni se te ocurre pensar que sos un varón. Siempre sabés que sos una mujer. Continuando con la metáfora del "club" como idea de pertenencia a un grupo identitario, podemos decir también que nos vamos inscribiendo en "subclubes" que conforman nuestra identidad: heterosexual, gay, lesbiana, travesti, transexual, queer, etcétera.

¿En qué consiste la crisis de identidad del siglo XXI y a quién le toca?

Nos toca a todos. En las sociedades actuales se han ido disolviendo y complicando los antiguos soportes de identidad: la filiación política, el trabajo, los parentescos, la clase social, el territorio, el género son categorías que definen cada vez menos y por menos tiempo. En los años 50 las identidades eran inamovibles: si uno completaba un casillero con estos datos: "Luis Alberto Ferraccio, 35 años, casado, industrial, padre de dos niños", era impensable que a los pocos años se pudiera haber modificado otra cosa que no fuera la edad o el número de hijos. Ahora, la misma persona que llena esos casilleros sabe perfectamente que todo puede cambiar. El individuo contemporáneo está compulsivamente emancipado y obligado a la construcción de sí mismo. La identidad es cada vez más una construcción personal, producto de una, a veces agobiante, reflexión sostenida y responsable.

En este marco de situaciones cambiantes, debemos abordar la identidad sexual, comprendiendo la propia y la de los demás. Otro factor determinante de tantos cambios es que la vida se ha hecho muy larga, por lo que ya nada dura tanto como nosotros. La condición masculina y la condición femenina han sufrido evidentes cambios en los últimos años y nada hace pensar que en algún momento se "establezcan". Nos re-inventamos en cada etapa: en el trabajo, en las familias que atravesamos o generamos.



¿Al nacer ya está definida nuestra orientación sexual?

Ser hombre o mujer no revela nuestra orientación, no dice de la variabilidad de nuestras preferencias, y tampoco de nuestra conducta. Los seres humanos somos sexo-eróticamente inacabados en el momento de nacer. Nuestros cerebros son susceptibles de recibir información posnatal, que modifica y enriquece la información prenatal. Nacemos con un bagaje biológico, pero no es suficiente para el desempeño de las funciones futuras. Es lo mismo que ocurre con el lenguaje: tenemos el andamiaje que ha de estar biológicamente en condiciones, pero para hablar hace falta entrenarse y moldearse en los vínculos, socializarse. Nacemos con las estructuras para desarrollarlo, pero los circuitos están vacíos. La identidad sexual y las preferencias sexo-eróticas se consolidan por la reunión de factores genéticos, hormonales, intrauterinos, más la adquisición de las pautas de comportamiento en familia y en sociedad. Esto ocurre durante nuestra primera infancia, y se pone en acto después de la adolescencia, pero ya está en nosotros. Una orientación sexual no se cambia por la voluntad propia o el rechazo de los padres ni por tratamientos hormonales, médicos y/o psicológicos. Los padres no tienen ni la culpa ni la posibilidad de influir en las preferencias sexuales de sus hijos. A lo sumo podrán lograr el corsé de su contención, que generalmente dura poco o convoca a la clandestinidad.





¿Nacemos con una identidad sexual definida?

Esa identidad se nos adjudica en el momento del nacimiento, de acuerdo con la morfología de nuestros genitales. "Es una nena", o el clásico "¡Macho! dijo la partera" nos pone en uno de los dos casilleros. Lo de adentro no se ve, es por lo que ostentamos entre las piernas que adquirimos un núcleo de identidad de sexo, que será además nuestro sexo legal.
Claro que antes, en el útero materno, se produjo un desarrollo biológico: desde la concepción, tenemos identidad cromosómica: Macho Xy, Hembra XX . En la vida fetal nos tocaron algunas encrucijadas que determinaron la formación de hormonas masculinizantes o feminizantes, la aparición de los órganos internos de la reproducción, y el moldeamiento de la vulva o el pene con las bolsas escrotales.





¿Cuál es la diferencia entre sexo y género?

Lo biológico (las diferencias entre sexos) es interpretado por cada cultura de manera distinta y a esas interpretaciones las llamamos género. El concepto de género hace pie en el sexo, pero es muchísimo más abarcativo, ya que se refiere básicamente al análisis de las relaciones de poder. Engloba todo lo que la organización patriarcal demarcó como propio de lo masculino/femenino, ya sea en el mundo del trabajo, la política, la economía o la subjetividad. Es uno de los términos de reciente introducción en el lenguaje mediático y político, tal vez el concepto más penetrante que exportó la sexología al análisis de la cultura. Sitúa la organización sociocultural de la diferencia sexual como eje decisivo en la organización política y económica de nuestro mundo.

¿Qué significa que las categorías femenino/masculino han sido desbordadas?

Significa que los límites estrictos que había antes entre los roles, lo que se esperaba de una mujer y de un varón, se han desdibujado. Ya no se cumple como antes a la perfección con "lo propio del género y su especie". Pero esto no es algo nuevo, se trata de un cambio que viene produciéndose desde hace unos 50 años como mínimo. La moda ha sido un indicador muy elocuente al respecto: el jean inició el estilo unisex y significó una revolución en la mirada frente a las diferencias entre masculino y femenino. Pensemos que un pediatra de la época alertaba a las madres sobre el peligro de que los bebés, ante el simple tacto del material que compartían hombre y mujer, tuvieran dificultades para distinguir imagen paterna y materna. En la década del sesenta, sobre todo en Europa y Estados Unidos, la vestimenta y los cortes de pelo unisex hacían muy difícil diferenciar chicas y chicos a simple vista.

Entonces, ¿la identidad sexual no es algo que se da naturalmente?

Si fuera tan natural, ¿por qué nuestra sociedad se preocuparía tanto por vestir de celeste o rosa a aquella criatura, que sin ello nos resulta un bebé indefinido? Ser hombre o ser mujer son circunstancias que "nos preceden", no tienen nada que ver con la elección sexual de la pareja, sino con estar presentes en el mundo como seres culturalmente femeninos o masculinos. Por lo tanto, no es algo natural. Hay muchas facultades humanas que nos parecen totalmente naturales, aunque la historia nos demuestra que son adquiridas: caminar, hablar, sentarse a la mesa, ciertas formas de gesticular. No son automáticas, en todo caso son introyectadas de tal forma que las vivimos como tales. Con la identidad sexual ocurre lo mismo: la condición masculina o femenina implica estar a gusto con mi cuerpo y con lo que soy, a tal punto de no tener ninguna conciencia de que es algo que he adquirido a través del ejemplo. La cultura habita en cada uno de nosotros y aunque tantas cosas nos parezcan naturales son una construcción con la que nos encontramos al nacer y con la que a su vez nuestros padres se encontraron y contribuyeron a afianzar y modificar. Tanto la sociedad como el propio cuerpo, de alguna manera son un destino con el que nos encontramos.



¿Cómo construyen su identidad las travestis?





Con producción, con repetición y con trabajo, como todas las personas. Desde los años 90, especialmente a partir de la obra de la filóloga americana Judith Butler, se pone en tela de juicio que los géneros sean la extensión cultural del sexo biológico, si no más bien una práctica discursiva permanente que en nuestros días tiene como base el concepto de heterosexualidad. Compulsiva. Y homofóbica. Es la repetición lo que produce el efecto de género... No nos comportamos *en femenino* debido a nuestro género, sino que obtenemos dicha identidad mediante la incorporación de esas pautas que son las típicas normas de ese género. Bien queda demostrado en el modo de "producirse" y comportarse de las travestis, verdaderas expertas en la captura y puesta en escena de lo femenino más glamoroso. Repetimos, reconstruimos y nos apropiamos de un conjunto de significados ya establecidos en nuestra comunidad, con sus hitos y sus ritos. Por fin así conseguimos una identidad inteligible en el menú del sistema de géneros vigente. Que no son necesariamente dos.

Lo propio de la sexualidad del siglo XX es que las sexualidades se fragmentaron en muchos discursos; muchos grupos que se consideraban excluidos encuentran la posibilidad de identificarse con iguales, lo que dio conciencia políticas y estabilizó narrativos identitarias de afirmación personal, en lo privado y en lo público.Las primeras identidades que se desprendieron del modelo patriarcal que postulaba a la heterosexualidad como único camino fueron los homosexuales.

El imaginario social en nuestra cultura patriarcal es profundamente homofóbico. La masculinidad se vive como un bien superior e irrenunciable, con exclusión de todo vestigio de femineidad. El varón homosexual ha sido considerado un error, la consecuencia de una patología hormonal o bien el resultado de una crianza deficitaria entre mujeres, con ausencia de oportunidades de "hacerse hombre", en niños dominados por la madre, con un padre débil...

UN PARA

¿Cuáles son las primeras identidades

Ser, hacer y parecer no es lo mismo

Una conducta aislada no configura identidad. Ya en la década del 40, Alfred Kingsey, después de treinta años de investigaciones optó por hablar de "conductas homosexuales", luego de haber determinado que el 26% de los adolescentes en los Estados Unidos había tenido alguna experiencia homosexual entre los 13 y los 19 años. Y eso no implicaba una estabilización como varones heterosexuales. Kingsey propuso una escala que va del 0 (experiencia completamente heterosexual) al 6 (experiencia completamente homosexual), pasando por las categorías intermedias: 1 (alguna experiencia homosexual); 2 (experiencia homosexual más que incidental); 3 (experiencia homosexual tanto o más que homosexual); 4 (experiencia principalmente homosexual); 5 (experiencia homosexual casi exclusiva).

N LARGO CAMINO

A SALIR DEL CLOSET

que se salieron del molde?

“Lo homosexual” se construye a partir de 1870, es una categoría de conocimiento; no se descubre. Los “actos homosexuales” eran considerados pecaminosos pero recién a finales del siglo XIX pasan a “producir” una condición del individuo; el homosexual pasó a ser una especie. Aunque fuera una identidad construida a partir del objeto de su deseo, ingresó en la patología como una aberración.

Los grupos gay/lésbicos fueron los que comenzaron a apropiarse del estigma para darlo vuelta; a reclamar visibilidad y derechos. De la vergüenza y el ocultamiento se pasó al orgullo gay, del afeminamiento, a la hipermasculinización. En las últimas décadas, por ejemplo, el mercado los señaló como sujetos apetecibles, y les otorgó identidad de consumidores exquisitos, refinados.



¿Qué es lo que determina el objeto de nuestro deseo?

La persona de quien nos enamoramos: que sea hombre o mujer, que tenga determinadas características, muchos de sus rasgos físicos, tal vez el sonido de su risa y detalles mucho más finos, han sido codificados durante nuestra infancia. Lo que llamamos preferencias sexo-eróticas se consolidan en los primeros años y habrán de marcar para siempre lo que nos atrae y excita, así como también lo que nos repugna. El clima en que somos criados, imágenes de nosotros mismos en actitudes de amor y erotismo, representaciones del amante ideal, gestos de seducción, caricias deseadas, texturas, olores, irán a meterse bajo la piel estructurando lo que John Money llamó en 1980 LOVE MAPS (los mapas del amor).

¿Qué son los mapas de amor?

Los mapas de amor son representaciones del amante idealizado y también de lo que una pareja realiza en una relación idealizada, romántico-erótica y sexualizada. Incluye detalles físicos, rasgos de carácter, conductas de cortejo y formas de galanteo que son modelos para imitar.
Un mapa de amor existe primero en las imágenes mentales, en los sueños y en las fantasías, pudiendo ser trasladado a la acción con una o varias parejas, en la edad adulta. Demarca un territorio de preferencias dentro del cual se encuentra lo atractivo, excitante y elegible, que será capaz de despertar la respuesta erótica. También demarca lo que nos resulta desagradable y rechazable, lo que habrá de inhibir o facilitar nuestras pasiones. Son inconscientes y relativamente inamovibles, y están listos alrededor de los 5 o 6 años, aunque se manifestarán en la vida adulta. Por lo general, estos patrones que marcan las preferencias son sólo reconocibles desde afuera, nosotros no nos damos cuenta.



¿Qué se entiende por diversidad sexual?

Los avances de la antropología social la consolidación de la sexología, y la psicología apuntan hacia un consenso cada vez más fuerte de que en la sexualidad humana la variedad es la norma y no la uniformidad. La sexología hacia los años 40 empezó a sistematizar, incluir y comprender otras formas de vivir la sexualidad. Tuvo un gran empuje a partir del estudio de los llamados intersexuales.

¿Qué es la intersexualidad?

Se llama así a las personas que nacen con morfologías anatómicas engañosas o difíciles de asignar (se da un caso en 2000 nacimientos). Hasta fines del siglo XIX, estas personas consideradas hermafroditas sólo podían ser estudiadas post-mortem analizando sus gonadas.

¿Cómo surgieron las primeras cirugías de reasignación de sexo?

En plena ansiedad cultural y política producida por la emergencia de la homosexualidad masculina y la primera ola del feminismo, resultó urgente alcanzar un sexo definido. Así surgieron las primeras cirugías de reconstrucción genital, apuntaladas con terapias hormonales continuas. Estas novedosas intervenciones prefirieron ocultar al paciente su primaria condición intersexual, llegando a adulterar las historias clínicas e imponer a la familia el secreto como condición. Si se consideraba conveniente la atribución de género masculino debía sostenerse en el tamaño y funcionalidad del pene, en tanto que el género femenino debía afirmarse sobre la posibilidad de mantener sexo con penetración. Se atribuía el género femenino a todo sujeto con un pene "inadecuado". Desde luego las decisiones no incluían ninguna consulta al interesado, quien quedaba *armonizado* por decisión médica y consentimiento familiar. Las armonizaciones, cirugías trans practicadas en niños, que comenzaran Money, Benjamin y Stoller en EE.UU., a mediados del siglo pasado, tuvieron graves consecuencias: trastornos derivados de la ocultación de su primaria condición intersexual, objeciones por no respetar el derecho a decidir; los cirujanos fueron acusados de mutilación genital infantil y debieron responder por secuelas de insensibilidad y falencias de los "nuevos genitales". Esas primeras intervenciones fueron normalizadoras, según los criterios binarios de la época y dieron lugar a que muchas otras personas no se operaran y permanecieran más, o todo el tiempo, como intersex. La exitosa novela de Jeffrey Eugenides *Middlesex*, premio Pulitzer 2002, es ilustrativa respecto de los enredos entre las intervenciones biomédicas, las oscilaciones del alma del transexual, su familia y el contexto de las políticas sexuales en casi todo el siglo XX.

¿La operación es la única salida?

Sólo llegan unos/as pocos/as, tras un camino contra la corriente, con protocolos médicos, tratamientos hormonales, psicológicos y preparaciones costosísimas. Debemos destacar que la aparición de los estrógenos sintéticos, capaces de barrer con vellos, barbas y otros signos delatores de la masculinidad se consagraron como una salvación sin detractores; además de abrir el camino para facilitar la quirugías. La realidad es que cada vez más personas no ven a la cirugía como la única salida.

Transgénero/transexual: el viaje

La idea de transgénero revela lo precario de la partición binaria de género. Para hablar de transgénero debemos esperar a que las vivencias de disconformidad con el sexo asignado sean tan estables que la persona experimente sensaciones de encierro y condena porque su género no coincide con su cuerpo. Estas personas no presentan problema anatómico alguno, sino que su subjetividad no se corresponde con su cuerpo. No está en juego aquí cuáles sean las medidas que decida tomar para vivir su identidad. Tampoco es necesario que responda al estereotipo que los medios imponen como modelo de transexual. Puede ser que esta molestia haya empezado a manifestarse en la infancia, pero la estabilización se produce generalmnete en la adolescencia. El término transexual aparece en los trabajos de M. Hirschfeld, allá por 1923, pero con un significado demasiado general, ya que abarcaba a los homosexuales afeminados, trasvestidos y también a las personas que hoy llamaríamos con este nombre: los que han viajado de una identidad a la otra a partir de sentirse en un cuerpo que no condice con la condición que el sujeto experimenta como imprescindible e irrenunciable.

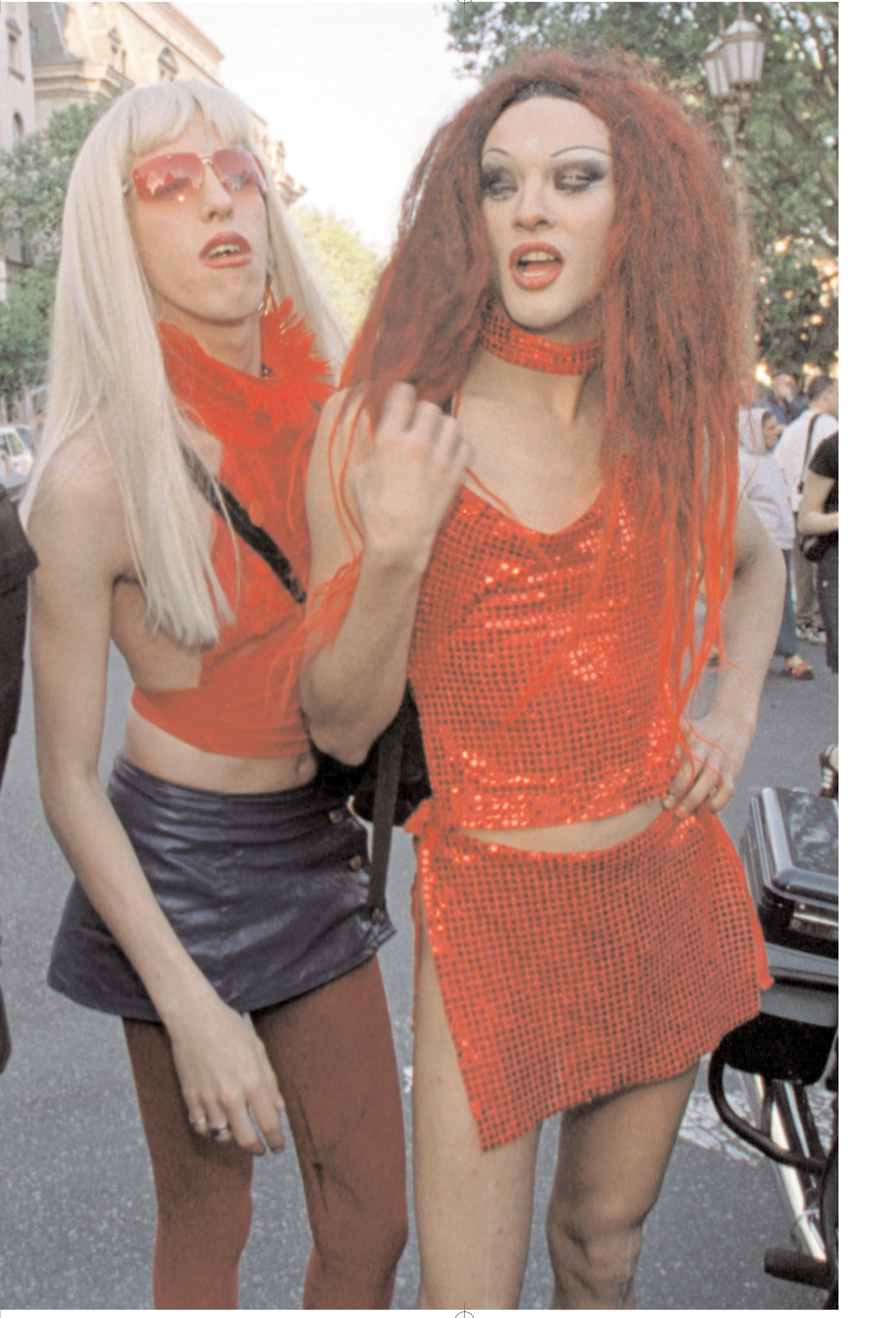
“Vice Versa”

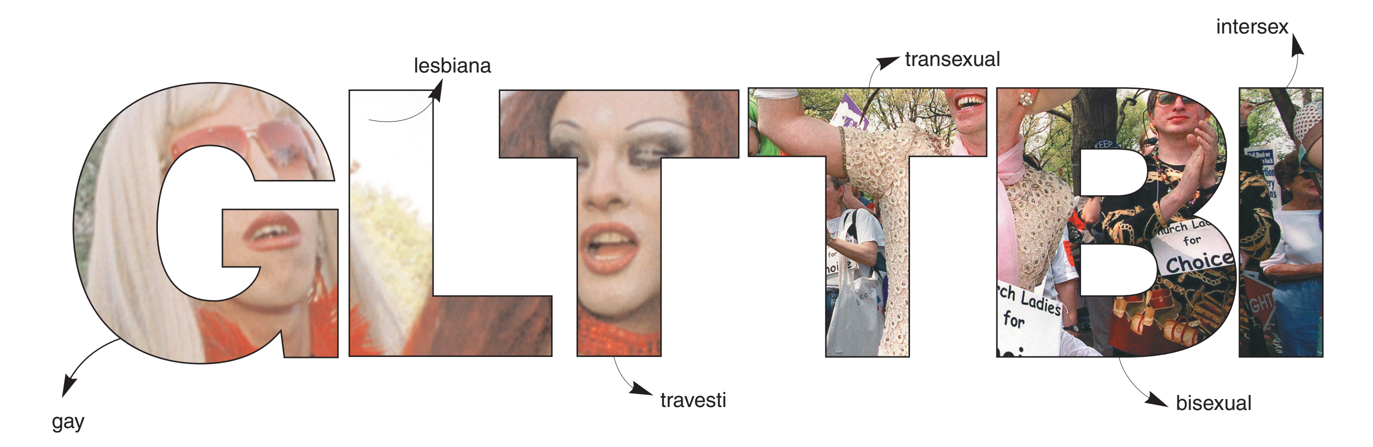
“Si la bisexualidad es, en realidad y como sospecho, no una orientación sexual más sino más bien una sexualidad que deshace la orientación sexual como categoría, una sexualidad que amenaza y cuestiona el fácil binario de hetero y gay e incluso, por sus significados biológicos y fisiológicos, las categorías de género masculino y femenino, entonces la búsqueda del significado de la palabra “bisexual” proporciona una lección. En lugar de designar a una minoría invisibilizada, a la que aún no se le ha prestado la suficiente atención y que ahora está encontrando su lugar bajo el sol, la bisexualidad, como las mismas personas bisexuales, resulta ser algo que está en todas partes y en ninguna. En síntesis, no hay una verdad acerca de ella. La pregunta acerca de si alguien fue “en realidad” gay o “en realidad” hetero tergiversa la naturaleza de la sexualidad, que es fluida y no fija, una natatoria que cambia con el tiempo en lugar de una identidad estable, aunque compleja. El descubrimiento erótico que aporta la bisexualidad es la revelación de la sexualidad como un proceso de crecimiento, transformación y sorpresa, no un estado del ser estable y plausible de ser conocido.”

BISEXUALITY. EROTISM OF EVERY DAY MARJORIE GARBER

¿Por qué es tan discutida la existencia de la bisexualidad?

Lo que se considera “ambiguo”, lo que se resiste a las clasificaciones de acuerdo con las categorías existentes, perturba, tiene la capacidad de desnudar las inconsistencias de esas categorías. La bisexualidad remite a lo móvil. No todo movimiento o cambio alcanza para definir o redefinir la orientación ni autoriza para capturar la identidad, que a veces parece inconstante, como acontece en las personas bisexuales, quienes atestiguan sentirse atraídos por personas del propio género en algunos períodos, y de otro, en otros momentos. Pero también es cierto que las personas queremos afiliarnos, tener congéneres, pertenecer. Generalmente la incertidumbre o las presiones (propias y ajenas) hacen que desdeñemos algunas inclinaciones en favor de estabilizar otras.



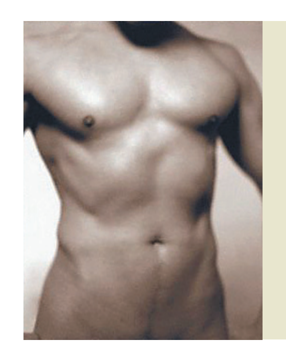


Un alma de mujer encerrada en un cuerpo de hombre

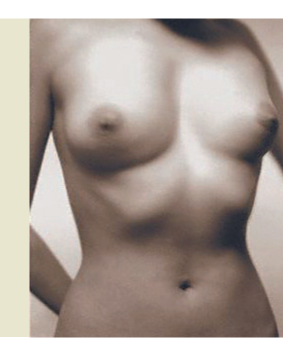
Es curioso observar cómo las conductas biomédicas se cruzan con las legalidades, con las costumbres, con las narrativas típicas de época. Como se produjeron muchas disconformidades (¡el bisturí nunca alcanza a la ilusión!), y bajo la presión de las judiciales, se volvió importante el paso del consentimiento de los aspirantes, dada la irreversibilidad del procedimiento. Empezaron las dificultades para determinar quiénes eran candidatos a beneficiarse realmente con la cirugía, siempre desde la convicción de que la coincidencia de sexo con género era indispensable para restaurar la felicidad de los desconformes. Cirujanos, endocrinólogos, psicólogos, abogados y antropólogos intentaron afinar los criterios para tal fin. Fue en este clima que Fisk acuñó la expresión diagnóstica de disforia de género, acompañada por la complementaria descripción de "un alma de mujer encerrada en un cuerpo de hombre". El lenguaje evidenció su fabuloso protagonismo en las cuestiones de género, porque casi todos los aspirantes repetían las mismas palabras, verdaderos clichés para referirse a las vivencias infantiles de apego a todo lo femenino en materia de atuendos, juegos, actitudes, gestos, gustos y modas y la repugnancia por lo masculino-detestable. Algunos candidatos confesaron haber copiado y aprendido de memoria lo que otros beneficiarios les habían relatado como camino seguro para conseguir ser operados.

¿Qué significa la palabra queer?

Es un juego de palabras en inglés que significa tanto raro, como extraño, como "maricón" y "perverso" en el sentido psicoanalítico. La denominación viene de las políticas de resistencia, cuando todos los raros empezaron a unirse para reconocerse como minoría discriminadas de un único modelo sano, normal, legal. En Buenos Aires, el movimiento GLTTBI (gay-lésbico-travesti-transexual-bisexual-intersex) es a la vez un lugar de amparo y de lucha que ha producido cambios en el paisaje urbano, saliendo de las zonas rosas, o rojas, o compartidas según hemos ido decidiendo qué cosa es el orden público, y los códigos de convivencia ciudadana. En el seno de estos grupos la incertidumbre, el desorden de los estereotipos, el asombro y la parodia se valoran como una riqueza que no desea corsé. Pelearon lugar en la calle y lograron entrar al mundo académico, de la mano de Judith Butler: desde la década del 90 los QUEER STUDIES profundizan cuestionamientos a las relaciones entre saber, poder, sexo, género, deseo y subjetividad El binarismo de los géneros está en total interpelación. Se alteran las políticas del nombre. *La gesta del nombre propio* es título el libro de Lohana Berkins que polemizó este año en nuestro país. ¿Quién está autorizado a poner las etiquetas? Homosexual, bisexual, travesti, no son ya diagnósticos, tampoco delitos, sino formas de ser que dislocan los ordenamientos de los diferentes, salidos de los carriles, viajando hacia la diversidad.
El club de ELLOS registra muchas deserciones, el de ELLAS se ha vuelto más y más apetecible y por cierto más heterogéneo.



No puedo elegir con qué sexo ni con qué morfología nacer, tampoco puedo elegir mi orientación.



¿Que es lo que sí puedo elegir?

Podés elegir qué hacer con tus deseos. Podés tratar de acercarte a los modelos que aprendiste como deseables en tu familia, en tu escuela, en tu iglesia. Podés buscar, seguramente, hasta que alguien encaje con tus “mapas de amor”. Podés reprimirte o desbocarte. Podés curiosear por algunas experiencias, que no habrán de ser tu elección más estable. Podés cambiar la morfología de tu cuerpo: no solamente si sos transexual y para reasignarte otra identidad. En menor escala podemos elegir la la cirugía estética, en esas búsquedas a veces desesperadas –pensemos en las cirugías de rejuvenecimiento vaginal que embellece también el aspecto de la vulva y que simula una segunda virginidad– por conseguir atributos de seducción. Las opciones son muchas. A su vez, que puedas elegirlo no quiere decir que lo harás.



Próximo número:



"La falta de deseo o, mejor, el deseo sexual hipoactivo supone uno de los retos más importantes de la sexología clínica. Es la disfunción cuya incidencia aumenta progresivamente a mayor ritmo y probablemente la que más fracasos terapéuticos atesora."

RESPONDE DR. LEON ROBERTO GINDIN

¿Cómo se produce el deseo sexual? ¿Deseo y ganas es lo mismo? ¿Qué cosas hacen que se apague el deseo? ¿Cómo actúan las hormonas en este proceso? ¿Hay técnicas para hacerlo regresar? ¿Disminuye con la edad? ¿El amor es el mejor afrodisíaco? ¿El Viagra u otros medicamnetos despiertan el deseo? ¿Influyen las enfermedades, los tratamientos o el estrés? ¿Cómo influye el alcohol? ¿Las drogas? ¿El tabaco? ¿Qué hacer cuando uno de los miembros de la pareja quiere más y el otro quiere menos? ¿Es normal tener períodos en los que el deseo fluctúa, disminuye por momentos, crece en otros? ¿Qué es la Dhea? ¿Existen las ninfómanas?

